

1936, era, en 1962, un poeta conocido por unos cuantos. En octubre de este año, la Editorial Galaxia le publicó un libro con este sobrecogedor y

ejemplar del «libro» constituía casi un privilegio, ya que ninguna editora del país, incomprensiblemente, lo reeditaba.



Celso Emilio Ferreiro.

definidor título: «Longa noite de pedra»; es decir, «Larga noche de piedra».

El libro, «rara avis» en los predios poéticos de cualquier área idiomática, se agotó en semanas, hecho que, en los anales de la poesía gallega sólo tiene un precedente: un famoso título de Curros Enríquez que el público gallego de 1880 atrapó en pocos días debido a la eficaz publicidad que se desprendía, paradójicamente, de una nota condenatoria del obispo de Orense.

Digamos, sin embargo, que el libro de Celso Emilio —social, acusatorio, inconforme, líricamente solidario con quienes merecen la solidaridad, auténtico, conmovido— encontraría más adhesiones en 1966 que cuatro años antes. ¿Cuántos universitarios compostelanos en 1962 estaban en condiciones de «conectar» con estos poemas? El libro, me parece, nacía con alguna anticipación; el libro, por consiguiente, fue más una incitación que una constatación. En el bienio 1966-67, algunos lectores encontraron en «Longa noite de pedra» la sacudida o el estímulo necesario para enfrentarse con la realidad de un modo decididamente crítico. Es en estas fechas cuando poseer un

Y aquí empieza la fortuna extragallega del libro, una de las pocas estupendas aventuras que la literatura en gallego ha vivido más allá de sus muros. Va a ser Batlló, detector de verdades, quien incorpore a la Colección «El Bardo» la voz de este poeta gallego que, sin ser joven, acaba de descubrir para la cuestionada poesía social acentos de novedad. Del 66 al 70 aparecen tres ediciones bilingües, prueba de que el autor ha encontrado audiencia más allá de Galicia. ¿Qué percibieron en Celso Emilio los lectores de Celaya, Blas de Otero y Espriu? Tal vez un acento campesino y de Tercer Mundo de que carecía la poesía civil de entonces.

Ahora, el poeta Celso Emilio Ferreiro acaba de atravesar otra frontera, una frontera más hidrográfica que lingüística. La colección portuguesa «Razão actual» editó hace dos meses —retocando la redacción gallega sólo en algunas grafías— un volumen poético que acoge en sus páginas, además de diez poemas inéditos y alguno nunca impreso en volumen, una antología de sus tres grandes libros vernáculos («O sonho sulgado», «Longa noite de pedra» y «Viaxe ao país dos ananos»). Se trata

de una autoselección («autoescolha», en portugués) con una presentación mía.

Celso Emilio Ferreiro es un poeta emigrante que vive en Caracas desde junio de 1966. Celso Emilio Ferreiro, además de gallego, es de Celanova, cuna de otro gran poeta civil de Galicia, Curros Enríquez. Uno y otro pasaron el «charco» años después de su mocedad; Curros Enríquez volvió a la tierra, pero retornó a Cuba, donde murió; Celso Emilio, según parece, regresa este verano. Después, ¿en qué sentido los vientos de la Historia van a zarandear a este gran concienciador, a este gran incitador, a esta gran voz de poeta? ■ X. ALONSO MONTERO.

Ejercicios de prudencia y sutileza

«No hay profesores de poesía japonesa. Pero los que toman por maestros a los poemas de otros tiempos, los que se penetran del estilo antiguo, los que hacen suyas las palabras que dejaron aquellos poetas, ¿cómo podrían escribir poesía que no fuera verdadera?».

FUJIWARA TEIKA

Para los orientales, la prudencia es superior a la sabiduría, en el sentido de que es el único medio que la posibilidad de manera inmediata. Tal cosa es, muchas veces, una tautología, pues hay momentos en los que el oriental opta por la prudencia como modulación de su expresión sabia y de su actitud hacia el mundo.

En la poesía japonesa, lo que queda en primer lugar patente es su prudencia temática (que también viene a ser una suerte de peculiar respeto hacia el material de trabajo); el cuidado en la elección de los temas y la delicadeza puesta al servicio del desarrollo de los mismos encubren, en realidad, una profunda y compleja sabiduría sobre las cosas y su lugar en el corazón de los hombres.

La poética japonesa establece como punto de partida una

selección de motivos y elementos, sobre la que hará gravitar la intensidad de la emoción y la concentración de la expresión —esto es lo que tiene de ejemplar, de modélico—. La descripción ejercerá así una especie de tamiz sobre la carga sentimental del poema, con lo que éste, en realidad, alcanzará un efecto más profundo e indeleble.

Una antología de la poesía clásica japonesa —el *sentimiento de las cosas* (1)—, publicada recientemente, constituye un buen elemento de aproximación y juicio hacia un tipo de expresión literaria no muy conocida en España.

En su selección de elementos y motivos, la poesía japonesa se acoge al principio de la sutileza. Los seres abandonan tras sus pasos unas huellas, a las que el paisaje ofrece albergue, cobijo, resonancia: significación. En función del principio de la sutileza, la melancolía tiñe todas las composiciones, viniendo a ser ésta —casi— la dinámica de la creación poética. El tiempo se detiene, y por obra de la melancolía da comienzo el tiempo. De esta manera, el mundo real se convierte en simple connotación, en huella de un mundo primigenio, al que remite para verificar su realidad. Para los que hayan visitado las filosofías y literaturas orientales, tal mecanismo —familiar— constituye uno de los pilares básicos de la sabiduría arcaica, tradicional. Y este mecanismo no es en absoluto despreciable, por más que alivie la distancia (más corta de lo que algunos se imaginan y más larga de lo que pretende todo moralista) entre escepticismo y fantasía, pues, como dijo Vico —filósofo, jurisconsulto y napolitano—: ... podría decirse que es un solaz casi necesario para la inteligencia de jóvenes mutilados y envarados en el estudio de la metafísica (...), para que con la severidad de juicio propia de la edad madura conseguida antes de tiempo, no lleguen a perder el ánimo emprendedor y generoso.

En estas composiciones, los sentimientos son sometidos a

una esgrima cuidadosísima, a un empeño laborioso y tenso en el que se propone su aquilatamiento hasta lograr su invocación más inmediata, su más densa espectrografía. Esto no quiere decir que sean frías, más bien al contrario: llamean. Por eso, los poemas de esta antología —tanks en su mayoría— vienen a ser verdaderos organismos traslucidos de significados. Los detalles más nimios de la acción más cotidiana vienen a ser como signos, signos que, pertenecientes a un ritual erótico, producen una especie de taquígrafía poética en la que el verso juega como ideograma, como núcleo esencial y autónomo de la imagen. Y la imagen, en ese momento —en ese momento precisamente—, es cuando deviene valiosa por sí misma —es una cosmología—. ■ EDUARDO CHAMORRO.

(1) *El sentimiento de las cosas*. Versión de Jacques Roubaud. Traducción de Ignacio Fontes. Miguel Castellet, editor. Madrid, 1972.

La muerte de José F. Montesinos

José F. Montesinos nació en Granada el 4 de diciembre de 1897, donde se licenció años más tarde en Hispánicas. Trabajó luego en el Centro de Estudios Históricos, de Madrid. Se marchó en 1920 a Hamburgo, de cuya Universidad fue lector durante doce años. A fines de 1932 se incorporó a una Universidad de Madrid como encargado de curso, permaneciendo allí hasta 1935. Desde 1938 hasta 1946 vivió en Francia como lector de la Universidad de Poitiers. Desde 1946 hasta 1970 fue profesor de la Universidad de California, en Berkeley. En otoño de 1971 dio un curso en la Universidad Central y en la Universidad Autónoma de Barcelona. El 7 de junio de 1972 falleció en Berkeley. Su extensa obra de crítica literaria se dedicó básicamente, en sus primeros años, a Lope de Vega y, en los últimos diez años, al estudio de la novela española del siglo XIX.

taurus ediciones sa

JULIO CARO BAROJA

"LOS BAROJA"

Centenario del nacimiento de Pío Baroja.
Edición conmemorativa del Año Internacional del Libro.

WALTER BENJAMIN

"ILUMINACIONES II"

Baudelaire, un poeta en el esplendor del capitalismo.

E. M. CIORAN

"BREVIARIO DE PODREDUMBRE"

Un espíritu del linaje de Rimbaud, Swift o Lautréamont.

JEAN DUVIGNAUD

"EL ACTOR"

Para una sociología del comediante.

taurus

Plaza de Salamanca, 7 - MADRID-6
Consejo de Ciento, 167 - BARCELONA-15

Cerrar podrá mis ojos la pos-
[trera
sombra, que me llevare al
[blanco día...

Recuerdo a Montesinos recitando este soneto, en su Seminario, sobre Quevedo... Era en otoño de 1968... En la Universidad de California, en Berkeley. Yo acababa apenas de llegar a Estados Unidos y —todavía con un cierto «depayement»— acudía a las clases de Montesinos atraída, en parte, por mi interés hacia la literatura, pero, sobre todo, atraída por su personalidad extraordinariamente española... castiza, en el mejor sentido de la palabra.

Le recuerdo en su clase de Dwinelle Hall, su figura herguida y casi inclinada hacia atrás, el cigarrillo pegado a sus labios, su mirada noble y cálida, cubierta por sus gafas con un parche negro en un ojo, su blanca melena «de sabio internacional», sus largas y delicadas manos, de las que él se sentía orgulloso... Recuerdo su voz grave quebrarse de emoción recitando este soneto de Quevedo que tanto le gustaba.

Un buen maestro debe creer siempre lo que dice y decirlo como lo haría un doctor —decía Montesinos—. Si el equilibrio se rompe, el resultado es un desastre. El entusiasmo puro resulta ridículo y el histrionismo a solas hace reír a todo el mundo sin provecho para nadie.

Montesinos era un gran intelectual, pero era aún mejor maestro —maestro de literatura y maestro de la vida, en la que tanta fe tenía—, sus clases podían serlo todo, menos aburridas o carentes de interés, porque de su persona irradiaba energía, el carisma de toda persona que sabe establecer una comunicación real con su público, con sus estudiantes.

Y tenía, sobre todo, la vitalidad, el calor humano, la vehemencia y la sensibilidad que hacía quebrar su voz cuando recitaba un poema que le gustaba demasiado.

«Hay cosas que me gustan e interesan —me decía también—, sobre las que nunca he escrito nada precisamente por gustarme demasiado. No se puede hacer crítica litera-

ria sobre libros que le sacan a uno de sí, le conmueven y le impiden ver. Del mismo modo que yo, aficionado a recitar, no podría leer en voz alta algunos poemas. —como el de Lorca a la muerte de Sánchez Mejías— porque acabaría llorando a mares».

José F. Montesinos ha fallecido en Berkeley (California), donde más años de su vida había residido, una vida que, debido a las circunstancias históricas, fue casi siempre difícil y hazarosa.

«Yo he hecho lo que he podido. Fortuna, lo que ha quedado» —decía Montesinos—.

España ha perdido un gran maestro, al que apenas ha podido conocer. Para los que hemos tenido la suerte de conocerle, su recuerdo y la influencia ejercida sobre nosotros será imborrable. No existirá mejor maestro. No existirá mejor amigo. ■ MARIA JOSE RAGUE ARIAS.

ARTE

Recuerdo haber leído un día en Paul Valéry que constituye un peligro para el espíritu la posibilidad de no saber pensar más que por oposición a algo, tratando de ganar siempre una batalla de razonamientos, polémicamente. Ese pensamiento, dicho como al azar por el gran poeta francés, me tocó muy en lo vivo, pues me reconocí inmediatamente en el vicio que señalaba. No es que yo tenga el gusto y el aján de la polémica. Pero si llega la polémica, no puedo evitar entregarme a ella con una cierta pasión infantil. Y eso está mal, porque es una actitud que tiende a desfigurar incluso a nuestros propios razonamientos. Digo esto a propósito de lo que viene a continuación, del escultor Pepe Abad. Las dos o tres veces que he escrito sobre este escultor canario he gastado pólvora en salvas tratando de defender en él su derecho a ser aquello de que se le acu-